

minúsculas

La inocencia envenenada



Eduardo Escobar

De tanto en tanto vuelve a ponerse de moda, como los pañuelos al cuello, las solapas anchas y las flores lilas en los floreros, el embrujo de la lolita. Ese

demonio de la inmadurez que la novela de Vladimir Nabokov, un aristócrata ruso experto en mariposas, glorificó en toda su voluptuosidad, perversión, efímera belleza y poder seductor. El ruso reconoció también su destino ramplón, de ser biológico y social, condenado a crecer, por desgracia, a la preñez y a las ruinas de la domesticidad.

La exaltación del misterio de la carne floreciente de la lolita, o nínfula, esa categoría misteriosa de lo femenino, fue hecha de un modo ejemplar por Balthasar Klossowski, conde de Rola, llamado Balthus; un pintor que escandalizó a los fariseos de mediados del siglo XX con sus retratos de muchachitas en flor, mientras Europa se precipitaba en la barbarie. Nínfulas perezoso-

sas echadas en un sofá, de largas piernas extendidas, desgarradas, con los tormentos de la edad, mirándose al espejo los hombros desnudos, de pequeños pechos, llenas de tedio, con una recóndita sensualidad que recuerda siempre al mismo tiempo la eternidad del Mal y la posibilidad del Paraíso.

Me gustaría saber si Nabokov pensaba en la Thérèse de Balthus de 1938 cuando creó a Lolita. Thérèse tiene la fuerza y la insolencia de su personaje, la misma desnudez aunque está vestida, la misma mirada que nos esculca el fondo más oscuro y codicioso del alma.

No se puede pedir a una pintura que nos dé noticia de los procesos de la sagrada metamorfosis de la pupa en niña, de la niña en hembra y de la hembra en bruja. Espacio puro, la pintura

capta momentos, inflexiones de la realidad congelada, un momento en la luz. A menos que nos esforcemos en creer que las escuálidas mujeres adultas que Balthus pintó, antes y después de sus ninfetas, fueron lolitas un día feliz.

El tiempo, en cambio, es la materia prima de la ficción literaria.

En *Lolita*, Nabokov hace que Humbert Humbert se acuerde de una ramerita francesa en quien adivinó, con melancólica alegría, la nínfula que habría sido. Y una de las últimas visiones que nos ofrece de su amante, Dolores, el recatado personaje de su obra, es la de la mujer casada con un hombre vulgar, embarazada y conforme. La nínfula, quiere decir Nabokov, es el principio de una catástrofe y la belleza es siempre pasajera, peligrosa y triste.

Lolita es un libro platónico. Subliminal. No por exhibir galas de ambiguo, en lo que es siempre ejemplar aunque escriba sobre ajedrez, Nabokov hace que el editor inventado de su obra más famosa, el doctor en filosofía John Ray Jr., nos advierta que ésta contiene una lección moral y un anuncio, para que las generaciones del porvenir sean mejores en un mundo más seguro. Pero expresa otra cosa. Quiere decir que la lolita es amarga. Y que puede conducir a un adulto desprevenido por un camino escabroso, para enfrentarlo más con los fantasmas del tiempo que con los de la moral.

Algunos caen en el error de definir la lolita por la edad. La edad tiene importancia capital, pero es preciso que la mujercita en botón contenga además un gusano. Humbert Humbert, máscara del autor ruso, un monógamo que dedica todos sus libros a Vera, considera que ha de estar entre nueve y catorce años, —playas espejeantes, rocas rosadas, rodeadas de un mar vasto y brumoso—. Pero también ha de haber en ella, dice, por necesidad, más que una cantidad determinada de años y de vello en las axilas o de inquietantes hinchazones glandulares, antes de alcanzar la esencia de la lolitud, en esa estación cuando las hembras humanas no son todavía adolescentes pero ya han dejado de ser niñas.

La malignidad precoz de la mujer completa, mucha perversión anticipada, la inteligencia sin escrúpulos de la última infancia. Y la inconsciencia. Así se define *Lolita*. ¡Ah!, y en un mohín. ¡Ah!, y quizás lleva las uñas sucias en la mano derecha.

Muchos pintores antes de Balthus pintaron esa edad de la mujer, cuando la niña entra en eclipse: bailarinas impresionistas atándose un zapato, sirvienticas flamencas pelando papas frente a una ventana entreabierta, despidiendo un soldado o aspirando el aroma de una flor. El escándalo de Balthus fue revelar lo reprimido, el modo de exaltar la

delicia, la gloria del pecado y la fascinación de la carne púber. Sus ninfas transpiran aburrimiento, al acecho, entre la indiferencia y el deseo, provocadoras, esperando devorarnos y ser devoradas.

El fotógrafo David Hamilton también realizó estudios encantadores sobre esa edad que llamó, impropriamente, de la inocencia, como si fuera inofensiva. Y antes de él el reverendo Charles Dodgson, matemático y poeta, más conocido como Lewis Carrol, consiguió con una cámara mucho más primitiva, confundir los límites entre la perversión y la inocencia. Son tan famosas como los libros alegóricos de Carrol, sus fotografías de ninfetas, de Alicia Lidell, sus hermanas y sus amiguitas, a quienes Carrol hechizaba con historias de maravillas para contemplarlas mejor, con la boca abierta, y disfrutarlas en su imaginación, como hacía el personaje de Nabokov en los parques donde patinaban sus adorados tormentos, fingiendo leer un libro trémulo.

Humbert Humbert recuerda en su defensa que Dante y Petrarca se enamoraron de Beatriz y Laura cuando ellas tenían nueve o diez años. Sin embargo, nuestro tiempo ridículo, represivo e injusto con los deleites de la carne, ha privado a la nínfula de las parsimonias amorosas de los viejos, que les proporcionarían, además, una más sólida educación sexual



revista
UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA
ISSN: 0120-2367

Rector
Alberto Uribe Correa
Vicerrector general
Martiniño Jaime Contreras
Secretario general
Carlos Vásquez Tamayo

Director: Elkin Restrepo
Asistente de dirección:
Lina María Ruíz Guzmán
Diseñadora:
Marcela Mejía Escobar

Auxiliar administrativa:
Hilda Milena Villegas Mejía
Corrector: Andrés García Londoño

Comité editorial: Jairo Alarcón,
Sandra Arenas Grisales, Carlos
Arturo Fernández, Efrén Alexander
Giraldo, Pablo Montoya, Juan Carlos
Orrego, César Ospina, Martha Alicia
Pérez, Luz María Restrepo,
Alonso Sepúlveda.

Impresión: Imprenta Universidad
de Antioquia, Medellín, Colombia

Correspondencia y suscripciones:
Departamento de Publicaciones,
Universidad de Antioquia
Bloque 28, oficina 233,
Ciudad Universitaria
Calle 67 N.º 53-108
Apartado 1226, Medellín, Colombia

Tel.: (574) 219 50 10, 219 50 14
Fax: (574) 219 50 12

E-mail:
revudea@quimbaya.udea.edu.co
Página web:
<http://www.editorialudea.com>
Publicación indizada en: MLA,
Ulrich's, CLASE

Canje:
Sistema de Bibliotecas,
Universidad de Antioquia
Bloque 8, Ciudad Universitaria
E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co

Licencia del Ministerio de Gobierno
N.º 00238
Tarifa postal reducida para libros y
revistas N.º 843 de la Administración
Postal Nacional

La Revista Universidad de Antioquia no
se hace responsable de los conceptos
y opiniones emitidos en los artículos,
los cuales son responsabilidad exclu-
siva de los autores.

que sus noviecitos frenéticos y apresurados. Despojando de paso a los viejos del poder purificador de la nínfula. Los ancianos monarcas chinos, desde el remoto Emperador Amarillo hasta Mao Tse Tung, conocían el secreto de absorber fuerzas regeneradoras de las vírgenes. Y tenemos derecho a creer que la Sulamita que le calentaba los pies al santo rey David se hallaba también en ese momento cuando el capullo comienza a revelarse, a punto de flor, y la turbadora lolita está *ad portas* de convertirse en una muchacha succulenta.

eleonescobar@hotmail.com



Una botella en el espacio



Andrés García Londoño

Hay una nave volando hacia las estrellas. No en un futuro. Ahora. Y dentro de ella va el que podría terminar siendo el objeto más valioso de la humanidad. Uno que contiene a todos los hombres y mujeres que habitamos este planeta. Al menos tanto como podría contenerse a una especie entera en un objeto circular de treinta centímetros de diámetro.

El objeto es un disco fonográfico. Un *long play*, para ser exactos. Pero en lugar de plástico está construido de cobre bañado en oro. Y su cubierta no es de

cartón, sino de aluminio bañado en uranio natural. Su tiempo de vida útil se estima en más de cien millones de años, es decir, casi el doble de tiempo del que ha transcurrido desde que desaparecieron los dinosaurios. O lo que es lo mismo, unas mil veces el período que ha habitado la especie humana sobre la Tierra.

Está montado a bordo de dos naves no tripuladas que comparten un mismo nombre, pero distinta numeración. Se trata de las naves *Voyager 1 y 2* –en español, Viajero 1 y 2–, las cuales fueron lanzadas por la Nasa en 1977 y en este mismo momento se encuentran abandonando el sistema solar, la una a 14 y la otra a 11 mil millones de kilómetros de nuestro planeta. Gracias a haber sido aceleradas por la gravedad de los planetas exteriores cuando pasaron cerca de ellos fotografiando su superficie, viajan a una velocidad de 15 kilómetros por segundo, o 54.000 kilómetros por hora –casi tres veces la velocidad de un misil balístico–, lo que las convierte en los objetos más rápidos construidos por el hombre... Aun así, les demorará más de 20.000 años viajar el tiempo que la luz recorre en sólo un año. Y la estrella más cercana está a 4,3 años luz.

Pero lo que hace realmente especial a los Voyagers no son las naves, sino el disco. El disco que cargan ambas. El disco que nos contiene... O al menos, lo mejor de nosotros. Dentro de él hay música, por supuesto. Una selección de hora y media de sonido que pasa por todas las culturas de la Tierra. Dos compositores tienen dos piezas: Johann Sebastian Bach y Ludwig van Beethoven. Pero sus espíritus no viajan solos en la nave. Junto a ellos viajan Willie Johnson, Chuck Berry, Louis Armstrong, Holborne, Mozart y Stravinsky. Así como obras de otras culturas: un canto de iniciación de las niñas pigmeo, un mariachi, una canción

de boda del Perú, el *Canto de la noche* de los navajos, además de piezas de música tradicional de Java, Senegal, Australia, Nueva Guinea, Japón, Georgia, Azarbaidjan, Bulgaria, las Islas Salomón, China y la India.

Y no hay sólo música en el disco. Aunque la tecnología del DVD no existía en los años setenta, el disco contiene 116 fotografías codificadas en frecuencias de la Tierra y nuestra especie, que cubren desde artistas, deportistas, campesinos, profesores, médicos y otros profesionales en plena labor, hasta imágenes de la naturaleza, siluetas que explican la reproducción humana (la Nasa evitó los desnudos para no motivar “reacciones públicas adversas”), lugares de la Tierra, imágenes del planeta, e incluso una curiosa fotografía que les explicaría a otros seres cómo nos alimentamos: en ella, una mujer lame un cono, un hombre bebe agua desde un jarro que sostiene arriba de su cabeza y otro hombre se come un sándwich de atún.

Finalmente, hay una muestra de buenas intenciones. Saludos de paz y prosperidad en más de cien idiomas; la mayoría de ellos en lenguas vivas, pero también otros en dialectos ya desaparecidos o en vías de extinción, como el sumerio, el hitita, el arameo y el acadio. Los mensajes varían desde la seriedad de un “Saludos a los residentes de lejanos cielos” pronunciado en iraní, hasta un muy coloquial saludo en chino: “Amigos del espacio. ¿Cómo están todos? ¿Han comido ya? Si tienen tiempo, vengan a visitarnos”. Pero quizás el más significativo sea el que está en inglés y fue pronunciado por Nick Sagan, hijo de Carl Sagan –científico que participó en la creación del disco– y de la artista y escritora Linda Salzman, el cual dice simplemente: “Hola de parte de todos los niños de la Tierra”.

Como buen artefacto que se respeta, el disco trae un “Manual de instrucciones” escrito en el único idioma que podemos tener en común con quienes podrían encontrarlo: las matemáticas; el lenguaje universal, base del desarrollo científico de cualquier especie inteligente. Así que entre los diagramas pintados en la “cáratula” del disco, sólo la imagen del disco y la aguja que lleva son entendibles para quienes no dominamos las matemáticas en un nivel superior, puesto que en los otros se habla de revoluciones medidas en transiciones de átomos de hidrógeno (el elemento fundamental de la tabla periódica) expresadas en números binarios (el sistema numérico básico, ya que dudosamente los diez dedos del cual extrajimos el sistema decimal serán una regla en la galaxia), así como una guía para convertir el sonido en imágenes correctamente, una representación del átomo de hidrógeno que sirve como base de medición y un mapa de la ubicación de la Tierra en relación con 14 púlsares (estrellas de neutrones que emiten radiaciones electromagnéticas con un ritmo periódico, por lo que pueden servir como una especie de radiofaros). Lo último fue copiado de las placas de las naves Pioneer 10 y 11, lanzadas unos años antes, y a pesar de las protestas de algunos –entre quienes no faltaba un premio Nobel–, por temor a que, al saber dónde estábamos, los extraterrestres se tomaran el trabajo de atravesar la galaxia para venir a conquistarnos o comernos. Por otra parte, dado que la cubierta de aluminio está bañada en uranio y este material se degrada muy lentamente, una especie inteligente podrá descubrir cuándo fue lanzada la nave aproximadamente.

¿Qué pasará con las naves?... La probabilidad mayor es que nunca nadie las encuentre. La vastedad del espacio es tal que lo

más seguro es que nunca entren en otro sistema solar, pues la materia es la excepción en el universo mientras que el vacío es la regla, aunque nos parezca al revés en nuestro pequeño paraíso tan descuidado por nosotros. Y si a pesar de todo entran, lo más probable es que se trate de un sistema solar sin vida inteligente, o sin vida a secas, árido, como debe ser la mayoría. Así que para las naves, la mejor probabilidad de ser halladas consiste en encontrarse en pleno viaje con una nave interestelar con una tecnología muy superior a la que ahora tenemos. De ser así, ¿se tratará de extraterrestres o de nuestros propios descendientes? Sea como sea, seguramente las naves les parecerán a ellos tan primitivas como ahora nos parece a nosotros un hacha de la Edad de Piedra, pero quizá vean el mensaje y descubran que, a pesar de todo, nuestras intenciones eran buenas...

Que nos sentíamos una especie solitaria en el castillo del pensamiento, aislada de todas las otras por el foso de la razón, y muchos de nosotros no queríamos seguir estándolo.

Sin importar si el mensaje llega un día a un destinatario o no, una cosa es cierta. Las naves ya están más allá de donde ningún humano de nuestra época pueda alcanzarlas. Y a menos que suceda pronto algo tan improbable como el choque con un cometa, están destinadas a viajar por la inercia durante más tiempo del que nuestra especie ha existido... Quizás incluso durante más tiempo del que ha existido la vida sobre Tierra. Así que, sin importar si nuestra especie sobrevive o no por otra década, otro siglo, otro milenio, allí, entre las estrellas, hay ya una parte de nosotros esperando a ser encontrada, a ser escuchada y vista un día en la noche eterna de ese viaje que supera al tiempo. Un legado: algo que ya está a salvo. Algo de Bach, algo de

Mozart, algo de nuestras canciones de amor, matrimonio, luchas y deseos, que ya está a salvo de todo. Incluso de nosotros mismos.

agarlon@hotmail.com



La danza de las sombras



Juan Carlos Orrego

Entre 1929 y 1930, el escritor boliviano Alcides Arguedas —algo así como el padre de la novela indigenista latinoamericana— se desempeñó como ministro plenipotenciario de su país en Colombia. Varios secretos de nuestro mundillo literario se desnudaron ante sus narices; entre ellos, el descubrimiento de que el presidente Miguel Abadía Méndez se dedicaba de lleno a la lectura de novelas en el tiempo libre que le dejaban las masacres de obreros. Apenas intercambiaban credenciales los dos hombres de Estado, en la casa de gobierno colombiana, cuando Abadía ya le decía a Arguedas: “he leído *Raza de bronce*... Me la dio Trigueros, nuestro Encargado de Negocios, cuando vino de La Paz”. También leyó las novelas de Teresa de la Parra, con lo que provocó la admiración de la venezolana cuando visitó Bogotá: “Creo que es el primer gobernante de América que se preocupa de las cosas literarias”, dijo ella.

Las otras experiencias de Arguedas son más intensas pero, decididamente, desoladoras. En una de ellas está cara a cara con Guillermo Valencia, el gurú modernista de “Los Camellos”. El vate, desgastado por sus derrotas en la urna presidencial, aparece a los ojos de Arguedas como un amable espectro: “Es un hombre como de 55 años de edad, de aspecto enfermizo y de maneras de gran señor”. Es fino, culto, simpático, pero aun así parece dominarlo un extravío que se manifiesta en el desdén con que, de cara a sus aspiraciones presidenciales, piensa en su obra literaria: le confiesa a Arguedas que sus inclinaciones a la poesía son las que han arruinado su carrera política. Cuando dice eso, la amargura se toma su rostro, donde ya campean unos párpados enrojecidos. Están en un recinto del Hotel del Pacífico, surcado por tantos visitantes que, bien visto, tiene toda la apariencia de un cuarto de moribundo. Para colmo, se anuncia que acaba de morir uno de los poetas traducidos por Valencia: Hugo von Hofmannsthal. El retrato pincelado por Arguedas es desesperanzador: “Habla con voz cansada y cierto dejo triste y quizá medroso. Se le nota fatigado, disgustado y sin bríos [...] este hombre cansado de hablar, fatigado de oír, mareado y disgustado de ver”.

Cinco meses después, Arguedas asiste a una velada en el Teatro Colón para escuchar a Porfirio Barba-Jacob leer sus poemas. Al boliviano le ha sido cedido un palco con ocho asientos, pero sus altas amistades del mundo diplomático se niegan a acompañarlo, pretextando malestares de última hora u odiosos compromisos “ineludibles”. Mientras tanto, los amigos de los cafés alegan no conocer al poeta —“¿Quién es ese señor?”—, desconfiar de él —“Un bohemio, un andarín... ¡Dicen que es indio!”— o no soportar

la poesía —“¿Versos?... ¡Déjenos tranquilos, por Dios!”—. De modo que el teatro queda casi vacío para aquella velada triste en que, casi, hay un poema por cada asistente. Bienintencionado con el pueblo anfitrión, Arguedas trata de explicarse, para exorcizarla, aquella apatía: “esto [...] es, después de todo, la pura apariencia, lo exterior; la epidermis, en fin, porque estas gentes colombianas no pueden vivir sin una melodía interior [...] es a los poetas que vuelve el colombiano cuando desbordan fuerzas afectivas dentro de él”.

En junio de 1930, por los días del regreso a su comarca andina, Arguedas vive la última experiencia —la más macabra— con nuestros líricos: sigue con atención, casi en vivo, la noticia de la exhumación del cadáver de José Asunción Silva. En su diario, el boliviano transcribe la correspondiente nota de *El Tiempo*, hinchada con sus propias figuraciones; el resultado son un par de párrafos impresionantes en que se habla de la apertura del ataúd, un esqueleto bien conservado, ropas devoradas por los gusanos, piel apergaminaada, el orificio de la bala. El cuerpo del autor del “Nocturno” —o de “La calavera”, como convendrá decir en este caso— había reposado hasta entonces en el muladar maldito de los suicidas, hasta que su dignidad de bardo nacional le permitió ser promovido a un cementerio católico. Pero Arguedas, con devota pesadumbre, tiene para sí que la maniobra es vana: “el suicida es un réprobo de Dios y su alma anda errante y en pena, y nunca puede hallar paz...”.

La novela que dio fama continental a Alcides Arguedas se llamó *Raza de bronce* en honor a los fornidos indios de las orillas del lago Titicaca, pacientes en su vida de sometidos agricultores pero implacables a la hora de vengar las peores afrentas. Poco de esa reciedumbre hay en los persona-

jes de la vida bogotana presenciada por el boliviano, y de ahí que no sorprenda la lobreguez del título con que se publicó su diario: *La danza de las sombras*; porque eran muchas, eran muchas, eran muchas sombras largas...

languidamente@gmail.com



Biblioteca animada



Paloma Pérez Sastre

Mi estudio parece una torre de control; en realidad, es una sala de estar, un vestíbulo que, por falta de un espacio más propio, se convirtió en recinto de libros y lugar de trabajo. Desde aquí casi todo se ve, y todo se siente: el frío de la luna llena y el aroma del borrachero. Alguien dijo que un escritor sin gato es como un ciego sin lazarillo. Desde su llegada, hace tres años, ellos, los gatos, entendieron su papel. Nacieron en la ciudadela universitaria un miércoles santo, en medio de un aguacero, de una gata que alguien dejó abandonada, como es costumbre allí. A mis amigas de la editorial, miembros de una legión de ángeles protectores, les debo su compañía. No es raro, por tanto, que desde su nacimiento asociado a los libros, asumieran naturalmente su lugar, cómo explicar si no que *Pequeña*

prefiera la impresora y que una vez siente su sonido, abandone su sueño para asomarse a mirar la salida de lo impreso?

Se turnan el sofá y los sillones, en los que ya nadie puede sentarse por el montón de pelos que los tapizan. M. protesta: “¿Dónde creen que voy a leer?”, pero al momento lo olvida porque, a punto de salir para la oficina, sucumbe a la coquetería de ellos, y acaba con la ropa hecha una pena después de la sesión de caricias. Para mí es un mal menor comparado con el placer de observarlos a mis anchas sobre el fondo blanco de tela, en la juiciosa tarea de asearse con la lengua, o dormidos. Por momentos parecen esculturas, efímeras, porque al poco rato la composición varía. Con frecuencia es *Wannabe* quien ocupa el nicho de la biblioteca, junto a mi mesa, al alcance de mi mano derecha, cerca de la música y encima de la manta mexicana; a la vez que *Pequeña* dormita sobre la impresora; y *Negríta*, sobre el sillón. Una nueva coreografía puede mostrar a *Wannabe* abrazado con *Negríta* sobre el sofá, y a *Pequeña* en el nicho. Rara vez están los tres juntos. El milagro se produjo este abril, cuando la tricolor súbitamente se mostró amorosa con la panterita que acicalaba a su galán. Lo dejé registrado con la cámara que siempre tengo a mano para mi álbum de poses.

Se habrá notado que los “mínimos tigres de salón”, como los llamó Neruda, me poseen; cualquiera ha tenido la experiencia de encontrarse con otro de aquellos delirantes que no paran de hablar cuando los felinos son el tema. Antes de ser iniciada por una gata manita llamada *Clea*, criticaba duramente a los que pertenecen a esa clase de gente que quiere más a los animales que a las personas. Ahora, si no fuera por mi temor a que de noche les dé por traerme una serpiente o

un ratón de regalo, dejaría abierta la puerta de la habitación y les permitiría subir a mi cama. De no haber llegado tarde a este culto, cocinaría a su lado y les pondría cubiertos en la mesa.

No es para nada gracioso que se paseen sobre el teclado de mi portátil cuando olvido cerrarlo. Desastres han causado. Aun así, ningún lugar les está vedado; dentro de poco tendré que cambiarle las patas al escritorio pues, a fuerza de los poderosos rasguños con los que me demuestran su alborozo cuando me pongo a trabajar, han logrado un profundo y peligroso labrado. Por algo los llamó Quevedo “señores de la uña”. En cambio, nunca han dañado un libro, y apenas juegan con los lápices. Los estantes superiores son el único lugar inaccesible, pues no hay espacio para sus patas enguantadas; sin embargo, miran hacia arriba con ojos golosos, porque saben que por allí guardo las galletas que les doy cuando se portan bien.

Una vez descubrí un olor odioso en la canasta donde guardo el papel para reciclar; tal vez *Negríta*, no tan delicada como los otros dos, la confundió con el recipiente de la arena. Leí que en un laboratorio produjeron una raza de gatos perfectos que no producen alergias. Para mí serían perfectos si su orín no oliera. Pero no hay felicidad completa: también están las pulgas, los costos del cuidado, del veterinario... que, de todos modos, parecen poca cosa al lado de la dicha de poderlos contemplar dormidos en su torre, con las orejas atentas al más leve movimiento y al sonido más ligero.

Los observo largamente, y pienso que duermen durante el día para ofrecerse a nuestra mirada y maravillarnos con su insondable belleza, su infinita placidez, su total e inocente entrega. Me pregunto si en el sueño estriba el secreto de su ministerio lazaril,

si el ronroneo es el sonido de un artillugio interno que los conecta con una vida subterránea, cuyos misterios nos transmiten en pequeñas dosis cuando nos rozan las piernas con el lomo arqueado. Si durmieran de noche no los veríamos, y otros serían sus dominios.

palomaperez@une.net.co

Profesora de la Universidad de Antioquia.



Consejos para no comprar libros (o casi)



Julio César Londoño

Cada que entro a una librería me repito: hoy no les voy a comprar nada a estos ladrones. Y cada que lo consigo me siento tan orgulloso como una modelo que hubiera logrado atravesar invicta una larga pastelería.

Trato de no comprar libros por dos razones; primero, porque mi flaco bolsillo se resiente con esos precios. Y segundo, porque el 98,3% de lo que se publica es inservible. Por esto ideé unos filtros para descartar casi cualquier libro que me tienta.

Filtros. Descarto un libro si el interlineado es de un solo espacio o sus márgenes son muy

estrechas. Ambas cosas, me digo, revelan un editor mezquino, alguien capaz de contratar traductores de tercera, de esos que logran que Proust parezca discípulo de Otto Morales Benítez. O si el libro viene firmado por el hijo o el amigo de una lumbrera: hasta ahora, nunca se han dado dos genios en la misma cuadra.

O si exhiben títulos como *El Quijote a lo paisa*. Si ya son difíciles los originales de Cervantes, calcule usted la pesadez de la versión de un chistoso. O si son del Fondo de Cultura Económica, una editorial que se especializó en fárragos prestigiosos. Por eso está al borde de la quiebra. O si tienen títulos como *Hablamientos y pensaduras*, porque los juegos de palabras delatan un temperamento juvenil. Por lo tanto el libro puede ser de alguien muy joven (mala cosa) o de un viejito regresivo, lo que es peor.

O si vienen firmados por una pareja de cónyuges. O por alguien que antepone a su nombre la palabra doctor. O si tienen en su portada palabras como código, misterio, revelación, éxito, amor, divino, extraordinario, arco iris, ángel, mundo, secreto, erotismo o “al fin el libro que...”.

O si compilan los aforismos de Goethe, de Nietzsche o de todos los sabios que en el mundo han sido, porque no hay nada más opaco que las colecciones de citas brillantes.

O si están diagramados como texto de estudio: recuadros, negritas, subrayados, cuestionarios, etc.

O los que tienen pies de página largos.

Tampoco leo libros de superación porque:

1. La felicidad no existe.
2. Si existiera sería inalcanzable.
3. Si se pudiera alcanzar sería indeseable: sólo hay un tipo de personas más insoportables que los desdichados: los felices.

(Una vez empecé a leer *El alquimista* y me estaba gustando

tanto que lo arrojé alarmado antes de que fuera a enviarme a ese gilipollas, y tuve que acudir a un psiquiatra para que me disuadiera de creer que “si tú deseas algo con todo tu corazón, el universo entero conspira para que lo alcances”).

Los que compilan los archivos epistolares de algún personaje, porque no resisto la palabra epístola. Ni la melosería del género. Por alguna razón que se me escapa, hasta a los buenos escritores les falla el sentido del ridículo cuando escriben cartas. Hasta Capote, la primera pluma de la lengua inglesa, hizo cartas de un bobo subido.

Los que se titulan *Cuentos para mujeres solas*, o para negros, o de amor, o del tema que sea.

Los que tienen carátulas tan feas (por ejemplo, las de Panamericana) que parecen hechas por el hijo del editor, promisorio estudiante de diseño.

Los que prometen raudales de humor —*Técnicas de masturbación entre Batman y Robin*— porque son asaz depresivos. El humor es cosa de instantes. Cuando se lo ofrecen por kilos, desconfíe.

Los de Jaime Baily, porque nadie puede ser joven, bello, inteligente y peruano.

Así hice ayer y logré salvar la magra bolsa. O casi, porque cuando ya estaba coronando la salida detecté una mancha amarilla con el rabo del ojo. Me detuve. Enfoqué. ¡Era la primera edición en español de los *Cuentos completos* de Truman Capote! Anagrama. Rasgo el celofán. Fuente 11. Interlineado 1,5. Márgenes amplias. Lo volteo y encuentro lo que temía: su precio era escandaloso. Pero suspiré y dije sin vacilar: “Envuélvalo, señorita”.

jclondonos@gmail.com



Mirador en Santa Elena



Ignacio Piedrahíta

Al oriente de Medellín, sobre una montaña que se eleva mil metros por encima de la ciudad, queda el altiplano de Santa Elena. Para llegar a este lugar se toma desde el Centro la calle Ayacucho, que de línea recta se va convirtiendo en una carretera curvosa. Se dejan atrás los barrios que han ido trepando por las laderas del valle, mientras ella sigue rumbo a lo atemporal: al borde de la vía se ven asilos de ancianos, una capilla de piedra, finquitas modestas. Escasean las vallas publicitarias en favor de unos carteles que señalan el nombre de las quebradas o de alguna especie de árbol. Los conductores corren peligro tratando de leer el nombre científico del borrachero, pero se sienten de alguna manera liberados del acoso del comercio.

A cierta altura, el paseante va entrando en el bosque que cubre la ladera escarpada. Curiosamente, a despecho del color verde de la vegetación, crece a los lados de la vía un árbol muy original cuyas hojas antes de caer toman un color entre el naranja y el granate, llamado aguacatillo. Se cruzan quebradas, entre ellas la misma Santa Elena, que aún hoy tienen bañistas: las parejas dejan allí su motocicleta y se internan en busca de un charco donde el agua, a saltos, les hable al oído. Más arriba, pasando el antiguo deslizamiento

de Medialuna, que mató un puñado de vecinos hace medio siglo, aparecen los yarumos de hoja plateada, signo de que ya está uno en altura, al pie del altiplano.

Se dice altiplano porque, a pesar de estar en las montañas, el relieve es suave y ondulado. El de Santa Elena es alargado sobre las cimas que miran a la ciudad: es un balcón enorme al que le llega la carretera por el medio, justo por donde se despeña la quebrada que lleva su nombre. Ahí se puede tomar al norte para Piedras Blancas o Piedra Gorda, o al sur para las veredas de El Plan y El Llano, entre otras. Por cualquiera de sus lados abunda lo que ya es escaso en otros lugares cercanos a la ciudad, las casas campesinas con sus huertas y sus cultivos de flores, muchos ya tecnificados, cubiertos con plástico. Al recorrer los senderos veredales es fácil encontrarse con las familias que bajan al pueblo el fin de semana, con camisa de manga corta mientras que uno lleva saco grueso. Muchas de las floristas de antaño bajaban a Medellín a *pie pelado*, curtida la piel por el frío del campo.

Uno de los atractivos de Santa Elena son las cornisas que miran a la ciudad. Me gusta en especial un mirador al que se llega por el costado del cerro Cromita. Se sale caminando por la vereda Perico, desde cuyos puntos altos pueden verse en días despejados el nevado del Ruiz y los farallones del Citará al mismo tiempo, y por una carretera empedrada se va subiendo hacia el voladero. Puesto que muy pocos vehículos transitan por allí, se puede escuchar el viento meciendo las ramas de los pinos, los caravanas que aterrizan en medio de los potreros y los caracara, pájaros que van volando y de repente se detienen en el aire moviendo sus alas, cerniéndose sobre su presa.

El paisaje que se ve cerca del camino al mirador está hecho de colinas bajas, en diferentes tonos

de verde, al que las flores del siete-cueros o del ojo de poeta, lo hacen ver aún más pintoresco. Y como la vía que conduce a aquel lugar es empedrada, se pueden ver las rocas de la región como en museo. Al comienzo del camino se observa una roca de color gris oscuro con rayas blancas llamada anfibolita, de origen metamórfico, de unos 100 millones de años de antigüedad; y más adelante, entre esas mismas piedras que afirman la carretera, aparece una roca ígnea de edad incierta llamada dumita: roca de color negro con vetas de un verde muy vistoso a causa del mineral de serpentina. Esta última roca, formada al parecer bajo el océano, tiene la particularidad de que, como el mármol, se disuelve fácilmente con el agua, y por eso ve uno en el paisaje de Santa Elena que, en medio de un potrero, se encuentra de pronto como un pozo, una parte hundida donde se represa el agua o se forma un nacimiento. Estas hondonadas ocurren porque el agua ha disuelto allí la roca y removido parte del suelo que la cubría.

Siguiendo rumbo al mirador, después de llegar a un lugar llamado La Meseta, se comienza a bajar hacia Medellín por un camino pedregoso, hasta que éste llega a su fin un poco más abajo, justo al pie del barranco. Y aunque en los días despejados la ciudad se aprecia en toda su extensión, recuerdo especialmente un día cerrado en el que sólo se veía un abismo de niebla. Los gallinazos planeaban en círculos amplios casi al nivel de la mirada sobre el precipicio y, hacia el costado, se veía el reborde de roca cubierta de bosque verde oscuro que exhalaba pura humedad. La niebla, sin embargo, no permanecía quieta sino que, por el contrario, se retorció sobre el vacío como el vapor que surge de una caldera. En conjunto, el paisaje daba la sensación de que se estaba asistiendo a un momento prehistórico, en medio de la naturaleza

basta y salvaje. Pero, de pronto, esa misma neblina se rasgaba y dejaba ver en un destello una porción de la ciudad. La imaginación, entonces, regresaba violentamente desde aquel pasado remoto en el que se había sumergido. Volvía a cerrarse la niebla y permitía ese extraño viaje una y otra vez. Pero lo que uno considera grandes visiones no suelen durar mucho, y pronto aquella se diluyó en un simple aguacero. Quizá, una ventana a otro tiempo no debe estar abierta más que unos instantes.

agromena@gmail.com



Los informales



Luis Fernando Mejía

En las páginas económicas de un periódico del 9 de abril de 2009, se informó que la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), con sede en París, había encontrado que el 60 % de la fuerza de trabajo en el mundo pertenece al llamado empleo informal. Fue una noticia aséptica, menor, y sin alma, como si no se estuviera refiriendo a nadie. Como si se tratara de un rutinario ejercicio académico presen-

tado en Power Point, sin seres humanos de por medio.

El anuncio periodístico, sin embargo, explica que actualmente existen dos mil millones de trabajadores informales, entendiendo como tales a los que no gozan de seguridad social. Pero, además, con pesimismo, agrega que para el 2020 el porcentaje de informales aumentará al 66%.

La revelación no causó escándalo, ni tampoco convocó a las prestantes fuerzas vivas de la sociedad a pronunciarse, por lo menos en Colombia. Tal vez todo se explica porque si ya se acepta como natural el desempleo abierto, ¿por qué no pensar lo mismo del empleo informal?, igual sobreviven millones de personas en el mundo que, en las francas palabras populares, no tienen donde caer muertas, así se hayan malogrado en un trabajo impropio hasta para semovientes. Esto es lo que significa, sin eufemismos, no gozar de seguridad social.

No sobra comentar que el informe evita señalar responsables de este desastre humano, tal vez por no agitar lo que, en otros tiempos, se denominaba lucha de clases, aunque hubiese sido alentador avanzar en tal asunto, al menos, tratando a los sindicados por sus apodos o alias, como en el bajo mundo. O es posible que no haya sujetos de cuerpo entero responsables y todo sea una operación de apenas una mano invisible.

En concreto, y en nuestro país, cualquier enfermedad que incapacite al señor que en una carretilla revende aguacates, esquivando la policía, se la debe tratar con dolex o aspirina, unas veces y, otras veces, con aspirina o dolex, pues hasta ahí alcanzan los pesos para la automedicación. Si la persona que ofrece aguacates es una mujer en embarazo, pues primero le nacen

los problemas que la criatura. ¿Cómo atender médicamente la gestación y sus complicaciones? ¿Dónde y cuándo tener el parto? ¿Cómo cuidar el posparto? La trabajadora informal, entonces, le entregará a la sociedad un nuevo “informalito” que nacerá, crecerá y se reproducirá en la intemperie, libre de certezas. Naturalmente, ni el trabajador incapacitado ni la trabajadora parturienta recibirán, mientras dure su estado, remuneración alguna, lo que agrava y eterniza cualquier recuperación. La desventura cumple con atraer más desventura.

Pero las consecuencias de la inseguridad social no concluyen aquí, pues resulta que al trabajador, tarde o temprano, de tumbo en tumbo, se le marchitan sus energías para laborar. ¿Cómo aguantar entonces lo que le queda de vida? Pues acudiendo a la esmirriada e infaltable caridad pública, como cualquier aspirante a mendigo profesional. Aunque hubiera trabajado mil años o hubiese quedado inválido no tendrá derecho a una pensión de retiro que le permita vivir decorosa y racionalmente, mientras llega el adiós irreversible y sale del terrenal atoladero.

De manera muy resumida ésta es la historia, más o menos común, de un trabajador informal multiplicado por dos mil millones. Son historias con su respectivo drama que transcenden los datos estadísticos. Historias fantásticas de seres humanos acostumbrados a arañarle centavos al infortunio, domados por los azares de la existencia, imprevisos que, en últimas, moldean individuos juiciosos y resignados. En este sentido, no son trabajadores tan informales, por el contrario, son muy formales. Hombres y mujeres condenados a exprimir el momento, “el aquí y el ahora”, sin que se puedan calificar propiamente de filóso-

fos existencialistas o de hippies atrasados.

El anterior panorama no es un invento para fastidiar a los defensores del sistema económico predominante. Es la forma más sencilla de retratar a los, también, llamados trabajadores del rebusque, los que no acostumbra caminar sino arrastrar desasosiegos, los que sobreviven al borde del abismo; virtuosos y singulares equilibristas, expertos en sortear prohibiciones, rechazos, exclusiones y temores, a sabiendas de que no están autorizados para enfermarse, y de que sólo se deben conformar con ver a los médicos en las telenovelas. Seguros de que nunca serán candidatos a recibir préstamos para procurarse algo parecido a una vivienda o para comprar una nevera, aunque sea en una maratón de interminables cuotas quincenales. Los trabajadores informales no están facultados legalmente para sentir dolor ni para obtener un crédito, pues la precariedad de su trabajo no es garantía para los negociantes de la salud y, mucho menos, para los distinguidos banqueros. Para tales sectores económicos el trabajador informal no existe o, en el mejor de los casos, estorba cuando un despistado se atreve a solicitarles un servicio.

Por eso, los informales a veces creen que trabajan y otras muchas veces sienten que no. Piensan que laboran cuando se levantan a las 5 de la mañana para jornalear hasta la 8 de la noche, y el sudor y la fatiga crónica son testigos de ello. Experimentan que no trabajan cuando la policía los convierten en objetivo, cuando se enferman y sólo pueden acudir a la telepatía para consultar un médico, cuando necesitan un préstamo que nadie satisface honradamente, o cuando hacen conciencia de que una vez viejos o inválidos cambiará su condición social ha-

cia abajo, cuando los equilibristas caen al abismo.

Y nunca se sabrá si con los años trajinados se ganaron la vida o si, definitivamente, la perdieron.

lfinejia@udea.edu.co



Mauro Entrialgo siempre se fija



Álvaro Vélez

En la segunda versión del Festival Internacional de Historietas de Buenos Aires, celebrado el pasado mes de mayo en la capital argentina, entre algunos de los invitados internacionales estuvo Mauro Entrialgo, un dibujante de historietas español que desde hace ya varios años es pieza importante dentro del ámbito del cómic ibérico.

Con Entrialgo venía también a dicho festival, una muestra en la que el autor español, junto con otros cinco colegas de la madre patria (Gallardo, Keko, Max, Micharmut y Miguelanxo Prado), exponía lo más relevante de su obra. La exposición tenía como título “Viaje con nosotros”, con un excepcional montaje hecho, en principio,

para una exposición en el Museo del Prado.

El trabajo de Mauro Entrialgo (<http://www.mauroentrialgo.com>) se centra en lo que podríamos llamar antropología del mundo moderno. El autor español se vale de un dibujo tosco (o *chungo*, como suelen llamarlo en España) para hacer alarde de un sentido de observación descrestante. En uno de sus primeros libros titulado *El demonio rojo* (Editorial La Cúpula, 1997), el personaje principal, quien es el que le da el título al libro, explica a un amigo que la película *Alien el octavo pasajero* (1979), de Ridley Scott, fue hecha en la década de los setenta y no en los ochenta; para esto se vale de la ropa interior femenina, de los *panties* usados por la actriz Sigourney Weaver, en las últimas secuencias de la película (cuando finalmente se deshace de la bestia y se dispone a entrar en la cámara de hibernación). El demonio rojo le explica a su amigo que es imposible que la película hubiera sido hecha en los ochenta porque la actriz tiene precisamente ropa interior de los setenta, esos *panties* que parecen no tapar lo más noble de la féminas. Lo más interesante es que el personaje principal hace un recorrido por la moda de la ropa interior femenina, para explicarle a su interlocutor por qué *Alien* es un filme de los setenta (así la película haya sido hecha casi en los albores de los ochenta). La explicación parece un despropósito, pero así son las historietas de Entrialgo, buscan las más ingeniosas explicaciones para asuntos, quizás, sin mucha importancia.

Las historietas de Entrialgo también muestran la España moderna: la vida social que se lleva, sobre todo, en los bares; las diferencias entre la moral de la vida tradicional española (del antiguo régimen), y la supuesta desventura de las generaciones post

Franco; la invasión de las nuevas tecnologías y la falacia que estas proponen como solución a los afanes del mundo moderno; las manías de una sociedad occidental que se debate entre el aparente acercamiento a la felicidad y el bienestar, y la depresión, la soledad, la estupidez y la infelicidad, que siguen ganado cada vez más espacio.

Estas lucidas historietas de Mauro Entrialgo han sido editadas en múltiples revistas, como las legendarias *El Vibora* y *Makoki*, y otras como *TMEO*, *Habeiko Mik* o *Bambou*; su trabajo más reciente sigue siendo publicado en la revista *El Jueves*. Sus libros, que son recopilaciones de historietas ya publicadas, sobrepasan las dos docenas; en ellos los personajes de Entrialgo casi siempre son excelentes observadores de la vida moderna española: *El demonio rojo*, un hombre de mediana edad, soltero y *progre*; Tyrex, un tiranosaurio antropomorfo, amigo de *El demonio rojo*; o Drugos, un notorio consumidor de estupefacientes. Alrededor de estos personajes masculinos pululan las mujeres, en una suerte de complemento o de excusa para que el autor desfogue su talante machista (o mejor, el machismo del que aún no se ha podido desligar la sociedad moderna española), en libros recopilatorios como: *El efecto solomillo*, *Recortes de hostias*, *Dejá vu*, *Cómo convertirse en un hijo de puta* o *Ganas de follar*.

En la revista *El Jueves*, cada semana aparece una de las últimas creaciones de Mauro Entrialgo: *Ángel se fija*, que, como su mismo nombre lo dice, se fija en todo, y de manera burlona, con ironía, sarcasmo, con un tono crítico inconfundible, en historietas que hablan de “cosas que la gente hace en Nochebuena”, o en “cosas difíciles de contestar”, o en “la evolución de las consolas portáti-

les”, o “características de la derecha contemporánea española”, o “detalles que pueden estropear la presentación de un libro”, o “cosas que hacen algunos a cambio de algo gratis”, o “los puntos conflictivos a la hora de organizar un referéndum”, o “los recursos literarios extendidos en la retórica política”... *Ángel se fija* tiene, hasta el momento, seis libros recopilatorios y es poco lo que Entrialgo ha dejado de tratar. Tal cantidad de obras envuelve algo que quizás sea incómodo para algunos, y es que Entrialgo se empeña en recopilar y tratar temas basura. No obstante, ese asunto molesto no es necesariamente el propósito de este autor español, sino que, más bien, se trata de una característica inherente a todos nosotros: Entrialgo, como buen observador del mundo moderno occidental, está haciendo un trabajo recopilatorio no del todo innecesario; quizás lo que nos quiere mostrar con esa casi interminable serie de temas baladíes, es que nuestra propia existencia, nuestro mundo moderno, está plagado de esas cosas sin importancia, pero, al mismo tiempo, sin esa enorme cantidad de aparente basura no podríamos vivir.

truchafrita@hotmail.com

Profesor de la Universidad de Antioquia.



Herbarios

Claudia Ivonne Giraldo G.

De pronto, del libro heredado cae una hoja perfectamente disecada por la



acción del papel y del tiempo; su huella de fantasma ha quedado impresa en las dos páginas que la protegieron del deterioro todos estos años. Perfecta, como una joya de un verde desleído, conserva un remoto olor a bosque y a vieja biblioteca.

Cosido a ese olor y a ese fósil vegetal a punto de desmoronarse entre los dedos, vuelve el momento en que otra hoja, recogida en la mañana helada, quedaba sujeta por pequeñas gotas de goma arábiga, en la blanca página del herbario. Era la hora de la clase de biología: una bulliciosa búsqueda de trozos vegetales que debíamos efectuar en los jardines y bosques de esa enorme construcción situada en una loma del Poblado y que era, por entonces, un flamante colegio “campestre”.

Cada alumna debía preparar, con esmero, cuidado y pulcritud, un herbario. Dos pastas negras, atadas con un cordón de seda, protegían las hojas de papel blanco. Poco a poco, el pequeño tesoro se iba acrecentando en texturas, olores, colores: una raíz pequeña pero exuberante de rizomas; semillas y cáscaras; cortezas y flores; y muchas, muchas hojas fragantes. Las niñas mostraban en ese diario botánico sus singularidades de carácter: mientras el de algunas era impecable, impoluto a fuerza de lavados y brillantados de pepas y de tallos, los de otras, eran un horror terroso, en el que anidaban de vez en cuando minúsculos insectos.

Las primeras daban la lección de maravilla: repetían, de memo-

ria, nombres, cualidades y alguna que otra denominación en latín. Las otras, podíamos dar cuenta de la tierra que se nos quedó en las uñas, de lo fría y hermosa que estaba la mañana; de los aromas peculiares del pino cuando se le arranca una pequeña rama; de los minúsculos insectos que se esconden en los enveses de las hojas. Pero de resto, nada. Tal vez, cabezas huecas, merecíamos la mala nota en la libreta de calificaciones, a pesar del esfuerzo y del entusiasmo por el herbario.

Y así, la vida se encargó de demostrar que aunque se complique y ramifique en cepas, la raíz del carácter es la misma. Que una enorme pereza o desconfianza por los enumeradores de datos, esos eruditos que parecen abrir las páginas de inúmeros libros en su cabeza para fechar el dato y relacionarlos con otros miles, era indispensable; que irse de paseo mental por asuntos más placenteros, mientras quien exhibe su enorme conocimiento se deshace en referencias y precisiones, era vital para mantener el alma y no perderla.

Los románticos hablaron de la hermosa divagación. El alma, ese todo que también es biología, establece filiaciones, categorizaciones, en esas andanzas. El alma que divaga no puede vivir encerrada en la torre. Desfallece allí, congelada. Le hacen falta esos felices aleteos de pájaro, una dosis de superficialidad, la vocación de la vida. Rizoma. Un carácter que se espeja en lo que cada uno elige, produce y ama. Como un viejo y enorme herbario que se nos parece tanto.

Hoy se hace inolvidable quien propició ese encuentro con el bosque y su maravillosa enciclopedia, la mañana fría en que, con emoción y la mano muy sucia, encontré alguna hoja verde y extraña que se quedó así viva y nueva en la memoria. Porque

logró, también, que perdurara el oficio minucioso de la recolección sin objeto determinado, como una oculta caja de recuerdos y como una maña, un vicio y una afección.

claudiaivonne09@gmail.com



Un fantasma familiar



Eliseo Gil

¿Es ésta la vejez?, me pregunto, cada vez que el temor y la incertidumbre, me convierten la noche en un indomesticable revuelo de vampiros que con sus chillidos inquietantes parecen decirme la suerte, nada buena por cierto, ahora que todo es más provisional y fugaz.

Hasta hace poco, preocupaciones de esta índole, no me robaban el sueño, pues existía una confianza ciega sobre lo conocido y desconocido, que me permitía dormir a pierna suelta, sin sobresaltos, con la beatitud de un expósito en el jardín infantil. O como un muchacho en tiempo de vacaciones, que no siente remordimiento alguno en continuar la noche en el día, ajeno a cualquier responsabilidad que le amargue el gusto por la existencia.

¡Ay, dormir! Dormir entonces era un placer y un gusto que

ninguna desazón o premura te lograba hurtar; comunicándote, una vez corridas las leves cortinas del sueño, con orbes suntuosos y momentos repentinos, en los que el hecho amoroso, casi siempre su único asunto, se manifestaba de manera libre, sin falsos recatos, entregándote a la compañía de aquellas damas voluptuosas y sonrientes que tu actividad cerebral, ya desquiciada, te elegía.

De aquellas presencias, valga la pena decirlo, todavía hay una que retorna con cierta persistencia, el último eslabón con aquel reino sin prejuicios, ya casi perdido. Una que, sin remilgos, a través de los años, las circunstancias y los escenarios cambiantes, acude a una cita nunca prevista, siguiendo no se qué hilo perdido y a punto de entregarme no se qué secreto, y a la que no desaniman mis achaques, ni mi necesidad, ni mi melancólico decaer. Mi edad misma.

¿Qué podría decir de ella, fantasma familiar y a la vez figura inasible? Todavía es, me parece, la muchacha cuya belleza pensativa recuerda ciertos cuadros renacentistas, de tratos virginales, sólo que vestida a la moderna y con una pizca maliciosa en sus labios provocativos. Los años, mis años, no la han cambiado; a veces es búlgara o judía, o me toca el hombro en el zoco de México o corre conmigo, a punto de perder el tren, en la Estación central de Nueva York. Alguna vez, en Cali, la tuve entre mis brazos, fue entonces cuando supe hasta dónde el sueño es un anticipo de lo celestial.

En una de las más hermosas páginas de *El Gatopardo*, su autor describe cómo el príncipe Salina, en sus últimos momentos, tiene la visión de una hermosa joven, la más bella que haya visto nunca, que sonriente y amorosa se le acerca en una estación del tren,

llenándolo de una felicidad rara y permitiéndole a la vez, a él, un hombre melancólico en extremo, una inesperada conciliación consigo mismo.

Álvaro Mutis tiene otra página semejante cuando habla de la muerte del poeta ruso Pushkin.

¿Es éste, se pregunta uno, un sueño común al común de los mortales? ¿Se trata —más allá de la literatura— de lo que Jung llamó el *ánima*, la clave secreta de nuestra íntima individualidad? ¿De la felicidad a que estamos destinados? ¿No es gratuita, entonces, la expresión *la mujer de mis sueños*?

Pero hablaba de cuando el desvelo es otra cosa, de cuando vampiros y lobos acechan tu casa, y el mundo se te viene encima, y ni siquiera los servicios y cuidados de la razón, te ofrecen un apoyo, advirtiendo también de repente, con claridad dolorosa, que el camino se abrevia y que éste, así no lo quieras, en adelante tendrás que hacerlo solo, pidiéndole al valor —a esa deidad de los desahuciados—, que te de valor. Piensas entonces en el Rey Lear, senil y desdichado, deambulando en la larga noche invernal, lejos de todo calor humano, convertido en una piltrafa humana. Y tocas madera, sabiendo que este acto inútil de nada te servirá, pues jamás la superstición ha aliviado al alma humana de sus desasosigos y terrores, menos aún cuando la voz que se oye es la voz del oráculo.

Pero, al fin llega el amanecer, el claro amanecer, y la banda de murciélagos y cuervos se espanta, desaparece. Y si, al levantarte, nada parece haber cambiado en tu entorno, comprendes sin embargo que ya nada es lo mismo, pues has dado otro paso hacia la vejez.

